This page was exported from - DocTutor
Export date: Wed Nov 11 22:41:37 2026 / +0000 GMT

# Piscinas Vacías

**Sara Yebra Delgado** R4 de medicina familiar y comunitaria. Centro de Salud de La Calzada II (Gijón)



Bajamos del coche. Tuve que entrecerrar los ojos porque me sorprendió un sol inusual de un abril en el norte. En la finca de enfrente un caballo nos miraba tranquilo. Su silueta recortaba la única nube en el horizonte, que parecía dibujada por un niño de primaria. Saqué el móvil y le hice una foto. Nos acercamos a la puerta y dos perros empezaron a ladrar. Creo que eran dos bóxers pero no entiendo de razas (ni siquiera de perros). Noté que el médico se ponía algo tenso por cómo agarró más fuerte el maletín y esperamos los tres en la verja a que salieran a buscarnos. - Le dan miedo- pensé. Carmen salió y los perros corrieron hacia ella dejando de ladrar.

-¡Buenos días! Pasad, que no hacen nada... ? dijo Carmen sujetándolos mientras cruzábamos el porche.- Está en el sofá, hace días que no levanta ni las persianas...

La seguimos hasta el salón. Era una habitación cálida, con una mesa de comedor grande, de las de comer con cuchara y bullicio los domingos. Decoración sencilla. Había una tele con una pantalla plana que desentonaba con el aire rústico del resto de la casa, y que a todas luces había sido la última adquisición de la familia. Dos sofás, el más grande nos daba la espalda. Parecía acogedor, pero todo estaba bajo una penumbra inconcebible un día de sol como ese. Era por las persianas. Estaban bajadas.

-¿Qué venís, a despediros?- La primera en la frente. Una voz pausada que sonaba más a certeza que a pregunta. Rodeamos el sofá y

conocí a Manuel, que ni se inmutó bajo las mantas con nuestra llegada.

-¡Hombre Manuel, pero si te has dejado barba! Estás guapo.- saludó el médico mientras se sentaba en el trozo de tresillo libre y le daba unas palmadas en la pierna. Carmen y la enfermera se quedaron de pie, yo me senté en el sofá que quedaba libre.

-Encima...¡no le digas eso! No está guapo, está desaliñado...dile que se afeite que no tiene edad para ir con esas pintas.- Carmen le riñó sonriendo. No había compasión en sus ojos. Eso me gustó.

- Qué más da. Ya no voy a ir a ningún sitio.- Manuel parpadeó fastidiado porque la enfermera había decidido subir todas las persianas. Miré por la ventana. Tenían una piscina vacía en el jardín, cubierta de hojarasca. Seguía tumbado, la manta de cuadros solo le dejaba al descubierto la cabeza y me pareció que tenía demasiadas arrugas para estar rondando sólo los sesenta. Es verdad, la barba no le quedaba mal, al menos disimulaba que casi no había carne bajo la piel.

- ¿Qué tal estás?¿Tienes algún dolor?- Un movimiento lento de cabeza como negativa. - ¿Y fatiga?- No. -¿Algún síntoma nuevo?- Otra negativa.

Carmen volvió a la carga ? Pues algo le pasa, el fin de semana pasado no paramos... estuvimos en casa de unos amigos y luego fuimos hasta la plaza, y ahora no hay quien le haga quitarse el pijama...que dice que ya se le acabó, que se va a morir y de ahí no lo sacamos.

- Venga, siéntate y déjanos explorarte por lo menos, que hoy vengo con una residente y algo tendrá que aprender.- Manuel me miró por primera vez, sin juzgar mi presencia. Se volvió hacia el televisor apagado como respuesta.

- ¿Ya te has rendido?- y la pregunta del médico sonó sin signos de interrogación. Contestó un silencio. - ¿Viste ayer el partido? ¡Vaya robo! ? rompió el silencio el médico señalando la tele.

-Normal, con ese árbitro... ¡claro que lo vi, no me pierdo ni uno!.- suspiró y comenzó a incorporarse. Al dejar caer las mantas me sorprendió que no abultara casi nada. Había más bata que carne en Manuel. Se sentó, estiró el brazo y cogió de la mesa un paquete de tabaco.

Lentamente, como el que no tiene prisa porque tampoco tiene tiempo. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Puso el mechero junto a un cenicero de barro lleno de colillas, todas de esa mañana.

Una calada y el humo empezó a flotar, con algo más, en aquella habitación.

Carmen, el médico y yo lo mirábamos divertidos. Pero la enfermera lo miraba de otra forma. Creo que era la única que creía en Dios entre aquellas cuatro paredes.

- ¿Veré el mundial de Qatar?- la preguntaba sonaba a últimas voluntades.

- No. El de Qatar no.- el médico sonrío cómplice- Pero ya está ahí la final de Rusia.- se notaba que se conocían desde hace tiempo, que eran más que un médico y un paciente. No había conspiración del silencio y la franqueza consiguió que Manuel también sonriera, por primera vez en el día.

- Venga vamos a explorarte.- Tensión, glucemia, inspección, palpación, auscultación. Nada nuevo. Después de una conversación sobre el tiempo, el fútbol y los vecinos metimos todo en los maletines y nos despedimos con la orden de que tenía que llenar la piscina para el verano.

- Nos vemos la semana que viene, Manuel.

- ¡Qué pesado! Como quieras...- dijo chascando la lengua. Pero yo escuché un ?gracias'. Su mujer nos acompañó a la puerta.

-Carmen, ¿y tú qué tal estás?- preguntó el médico mientras la agarraba con cariño por el hombro.

- Hago lo que puedo...- y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras trataba de sujetar a los perros. Se giró para volver dentro, zanjando la conversación.

- Nos vemos la semana que viene a la misma hora.- prometió el médico.

- Adiós.- Hasta luego.- Hasta luego.

Cruzamos la verja y me fijé en que el caballo ya no estaba.

-Quizá no has aprendido mucho de medicina con esta visita...- me dijo arrancando el coche.

En realidad, me lo había enseñado todo. Pasamos por delante de la casa y los perros empezaron a ladrar.